

¿La igualdad de oportunidades era esto? Estratificación, educación, desigualdad y pobreza

Conversación con Julio Carabaña.

Jaime Rivière (Universidad de Salamanca)



ILUSTRACIÓN: Mario Gargon

Julio Carabaña, catedrático de Sociología en la Universidad Complutense de Madrid, es quizá el mayor experto en España en estratificación social y desigualdad, tiene una larga trayectoria en la evaluación y la formulación de políticas educativas, y es, sobre todo, el formador de una buena parte de las personas que hoy se dedican a estudiar cuestiones de estratificación, desigualdad y movilidad social. Después de algunos intentos fallidos y de la accidentada pérdida de una grabadora, quedamos en la cafetería de un conocido centro cultural de Madrid para discutir sobre lo que sabemos de desigualdad social y su evolución.

Jaime Rivière (JR): Julio, ¿qué hemos aprendido en los últimos cincuenta años de investigación sobre estratificación social?

Julio Carabaña (JC): Si esta entrevista hubiera tenido lugar sin esta moderna grabadora hace cincuenta años, al hablar de desigualdad yo habría de inmediato recitado la teoría marxista de las clases sociales. Además, habría hecho algunas consideraciones más o menos fenomenológicas, impresionistas o de sentido común acerca de las clases medias y de la desaparición de las diferencias de clase en la vida cotidiana. Y a continuación, probablemente, tú me habrías preguntado que si, pese a esa desaparición de las diferencias de clase, estas seguían existiendo. Lo de la desaparición de la diferencia de clase en la vida cotidiana consistía fundamentalmente en la igualación de ciertos hábitos, particularmente en el vestir y en el consumo. Llamaba mucho la atención, hace medio siglo más o menos, que uno no fuera ya capaz de distinguir a simple vista la clase social de la gente por su manera de vestir. Hasta entonces uno podía identificar por ejemplo a los señoritos, que eran una clase compuesta por todos aquellos que no trabajaban con las manos –y que, por lo tanto, de un modo discutible incluía a los empleados de oficina–, porque vestían traje, camisa y corbata, aunque se habían quitado ya el sombrero hacía tiempo. Los que trabajaban con las manos podían llegar a sus casas vestidos con el traje de faena, que en aquellos tiempos ya podía ser mono si eran industriales o cualquier combinación de chaqueta, chaleco y pantalón si eran agrarios. Y luego eran naturalmente distinguibles también por la calidad, el tono y el diseño de las prendas los *horteras*, fundamentalmente, los dependientes de comercio. En 1990 hicimos una encuesta donde todavía tomamos “dependiente de comercio” como referencia para definir una clase intermedia. Ahora estarían claramente en el proletariado de los servicios.

Pues bien, lo que ocurrió fue que la gente empezó a vestir igual. En particular, por un lado, la gente de clase trabajadora, al salir a la calle, empezó a cambiarse la ropa del trabajo por una ropa de calle; y, por otro lado, el formalismo de las clases medias empezó a decaer, y empezaron a vestirse de un modo más informal. Aparecieron los *jeans*, los jerséis, los *pull-overs*, etc. Los abrigos se abolieron, y prácticamente fueron desapareciendo, sustituidos por trencas y cazadoras más transversales socialmente. Por ejemplo, los estudiantes dejaron de llevar corbata y traje a clase exactamente en esos años, entre 1965 y 1970 prácticamente. Este fenómeno de igualación llamaba mucho la atención porque la mayor similitud en las opciones de la vestimenta y el modo de comportarse, es decir, la igualación en los estilos de vida provenía de una igualación en el nivel de vida. Los pobres pueden permitirse vestir “igual que” los ricos. Naturalmente, eso revelaba una falta grave de apreciación de detalles y de matices: la distinción siguió existiendo, claro está. Pero pasó a ser mucho menos obvia, la forma de vestir ya no era marca de clase.

Y ahí habría acabado la conversación probablemente, porque yo no habría sabido dar casi ninguna cifra sobre las clases sociales. Podría haber recurrido a las impresiones sobre los estilos de vida de las clases medias, cuyo principal problema en aquella época, según, por ejemplo, Francisco Murillo Ferrol, o según el teatro de los 60 y los 70 como por ejemplo el de Alfonso Paso, era que tenían problemas con el servicio doméstico. Y esta sería toda la sociología empírica que un sociólogo podría hacer. Y luego, repito, tendría que cambiar de plano y recitar una teoría. Probablemente habría sido capaz de recitar la teoría de Marx y quizás hubiera podido decir algo de las ideas de Weber o, si fuera un sociólogo profesional y dedicado al tema, podría haber dicho algo sobre la controversia de los estratos de Davis y Moore o, incluso, haber hablado de la teoría de las clases sociales de Parsons.

Desde entonces se ha desarrollado un poco el análisis teórico de la estratificación social. Ha habido desarrollos de la teoría de las clases marxista, por ejemplo, por parte de Erik Olin Wright; ha habido desarrollos de la teoría de las clases de Weber, por ejemplo, por parte de Giddens o de Goldthorpe; ha habido una aportación muy importante en el desarrollo de la teoría del estatus, que es la obra de Bourdieu. Pero eso es relativamente poco, porque son reelaboraciones de los clásicos. Incluso *La distinción* de Bourdieu¹, que puede ser lo más novedoso, es una reelaboración de Veblen y de las distinciones de estatus y de estilo de vida de Weber.

En cambio, en los últimos cincuenta años, hemos aprendido muchísimo en el terreno empírico, porque hemos aprendido a medir y hemos medido. Se han desarrollado grandes encuestas y gracias al avance de los ordenadores ha sido posible analizarlas en profundidad. En los años 70, Maravall todavía incluía en su libro *La sociología de lo posible* un intento de operacionalización del concepto de clase social². Lo hizo en colaboración con Ubaldo Martínez Lázaro. Era algo verdaderamente novedoso: el intento de pasar de la teoría de la historia universal tal como están formuladas las teorías marxistas, a una operacionalización que permitiera enlazar esa teoría de la historia universal con la observación cotidiana o con la sociología empírica. A finales de los 70, por ejemplo, Erik Olin Wright³ estaba muy orgulloso de que el marxismo analítico, del que se pretendía exponente, uniera las teorías marxistas con el arsenal de investigación empírica de la escuela de Columbia, puesto en circulación por Duncan y sus asociados. En suma, lo que hemos aprendido se refiere, en gran medida, a distinciones empíricas, referidas a estratificación y movilidad social.

¹ Bourdieu, P. [1979] 1999. *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

² Maravall, J.M. 1972. *La sociología de lo posible*. México: Siglo XXI.

³ Wright, E.O. 1978. *Class, Crisis and the State*. Nueva York: Verso.

El resultado de eso es la disolución de la teoría, en el sentido de teoría de la historia universal y en el sentido de la visión de las clases como agentes de la historia, para lo cual ha habido dos factores fundamentales. En primer lugar, el factor más importante fue la caída de la Unión Soviética, que acabó casi definitivamente con el marxismo en la academia. Se aprecia su desprestigio: el marxismo se mantenía en la academia todavía en los años 80, después de que durante los 60 y 70 adquiriera un prestigio grandísimo. Su principal verdugo fue el empirismo lógico y la sociología empírica, pero la muerte no se certificó, por así decirlo, hasta la caída de la Unión Soviética, después de la cual no quedaron marxistas o quedaron muy ocultos (se cambiaron a los nuevos movimientos sociales o se disfrazaron de otras cosas).

En segundo lugar, el concepto de clase se debilitó cuando se establecieron relaciones empíricas y se descubrió que la clase social no era tan importante, ni mucho menos como en la teoría marxista se había pensado, o como se había pensado en las teorías de los estilos de vida. Y cómo, efectivamente, existía una confusión entre las clases sociales en cuanto al nivel ingresos. Recuerdo muy bien –y tú estabas por allí– cuando en nuestra investigación sobre clases sociales en el proyecto de Erik Olin Wright descubríamos que la clase explicaba el 10% de la varianza de los ingresos, y que daba igual que fuera la clasificación de clase de Marx, de Goldthorpe, o del Instituto Nacional de Estadística. Y daba igual que hiciéramos ocho categorías, nueve o diez. Se explicaba siempre entre el 9 y el 11% de la varianza. Y, además, esto ocurría igual en Suecia, Estados Unidos o en cualquiera de los otros países que participan en el proyecto de Wright. El 10% es una proporción importante de varianza, pero no es ni mucho menos lo que inconscientemente pensábamos cuando hacíamos teoría. Al desarrollar los conceptos contábamos con que la realidad se tenía que ajustar a ellos perfectamente, y no con la enorme imperfección que se inducía de la experiencia empírica. Lo mismo ocurría con el resto de comportamientos que contábamos como ligados a la clase: eran tan poco intensos como probablemente habría dicho el observador de la uniformidad de las vestimentas en los años 70.

Luego, hemos aprendido muchas cosas acerca de regularidades empíricas, que a su vez son muy discutidas, que no son muy interesantes y que se olvidan enseguida. Probablemente, su interés principal está en su capacidad para sujetar los intentos de especulación que vuelven de vez en cuando, cuando se retoma la teoría. Entonces se llama la atención sobre un fenómeno y decimos “no, no, no, no es tanto en ningún caso, mira los datos empíricos”. Pienso por ejemplo, en pretensiones como “el ascensor social se ha parado”, cosa que se dice con mucha frecuencia desde hace ya bastantes años. Mire usted, basta con estudiar las cifras de movilidad social y te enteras de una cosa bien sabida, en particular

después del trabajo de Erikson y Goldthorpe⁴, que la movilidad social es una cosa muy constante tanto en el tiempo como en las sociedades. Hasta el punto de que dos grandes sociólogos como Erikson y Goldthorpe fueron incapaces de descubrir ninguna regularidad empírica, y tuvieron que concluir que las diferencias entre países eran diferencias que se debían a accidentes históricos, y que debían tener explicaciones particulares. Fueron incapaces de establecer ninguna generalización. Otros autores han encontrado que había quizás una tendencia a la disminución de la fluidez social. Pero el problema del concepto de fluidez social es que es completamente incomprensible. Hemos llegado en el progreso de la sociología empírica a conceptualizar relaciones que resultan incomprensibles de modo intuitivo: es muy difícil imaginar la fluidez social. Mientras que antes, cuando predominaba la teoría, era exactamente al contrario: teníamos conceptos muy simples que sin embargo eran difícilmente operacionalizables.

Creo que todo eso es lo fundamental que hemos aprendido. La clase era una construcción muy sintética para quien no tenía ordenadores. Una construcción para entendimientos limitados, o para la limitación del entendimiento: hay que reducir las clases a pocas, sus relaciones tienen que ser simples, etc. De alguna manera, la investigación empírica ha hecho saltar por los aires las construcciones teóricas.

JR: Tengo la impresión de que una de las cosas que hacen más aburridos los estudios de estratificación social es que son muy difíciles de transformar en políticas públicas. Estoy pensando en el campo de la educación, por ejemplo. Sabemos que hay efectos del origen social de diverso tipo sobre el logro educativo y, sin embargo, no parece muy claro que haya manera de transformar eso en líneas de política pública.

JC: Cuando hablamos de desigualdades educativas –como cuando hablamos de cualquier tipo de desigualdad– debemos comenzar exponiendo la situación previa en términos absolutos y luego ya ver qué desigualdad hay en ello. Hagamos un poco de historia. En los años 50 en España la situación educativa todavía se parecía bastante a la de principios del siglo XX. Había una distinción radical entre estudiar y no estudiar. Estudiaban unos pocos, estudiar era una cosa rara. Ni siquiera se esperaba que estudiaran los hombres de clases intelectuales, como se puede ver muy bien en la literatura y en el teatro. Desde luego no se esperaba de los hijos de las clases propietarias. Pero tampoco de los hijos de profesionales, aunque hubiera una fuerte tendencia, se esperaba que necesariamente siguieran las carreras de sus padres. Los hijos de profesionales podían no tener estudios, entre otras cosas, porque durante una época existía aquel famoso bachillerato con Examen de Estado, después de 10 años, para el

⁴ Erikson, R. y J. Goldthorpe. 1992. *The Constant Flux*. Oxford: Oxford University Press.

que se necesitaban adolescentes de gran constancia, de gran autocontrol y laboriosidad para terminarlo.

JR: Lo cual parece un oxímoron.

JC: Sí, pero los había. Esto empezó a cambiar con el franquismo. A finales de los 50 y principios de los 60 se comenzó a extender el bachillerato. Esto no debe entenderse como que alguien "extendiera" el bachillerato entre la gente, eso es el peor de los sociologismos, a mi entender. La estadística en este caso es rigurosamente el resultado de la suma de acciones individuales. Lo que ocurrió es que la gente empezó a pretender y a conseguir que sus hijos, y más importante todavía, sus hijas, estudiaran el bachillerato. Para eso había muchas vías. Por ejemplo, una vía para los pobres fueron los seminarios menores –donde la Iglesia tenía una red amplísima y hacía un gran proselitismo para reclutar jóvenes–, que se convertían fácilmente en un bachillerato, aunque la conversión no fuera automática. El bachillerato se extendió tremendamente en los años 60, de manera que la separación entre estudiar, como destino raro o extraño, y dedicarse a trabajar a partir de los 14 años, que era lo normal y corriente, se fue difuminando. Y uno puede medir si en esa difusión del bachillerato, o si en esa tendencia de la gente a estudiar bachillerato, se mantuvieron, aumentaron o disminuyeron las diferencias entre las clases. Es interesante hacerlo, pero es un punto de importancia completamente secundaria. La cuestión primaria es que la propensión a estudiar bachillerato aumentó, y aumentó entre todos los orígenes sociales. Si hubiera aumentado sólo entre las clases profesionales, el bachillerato se habría extendido muy poco. Esta pauta se trasladó ya en los 60 y, sobre todo, en los 70 a la universidad, pero cada vez con más diferencias según clase social. Es decir, las probabilidades de estudiar bachillerato y de ir a la universidad eran tanto mayores cuanto más profesionales o más intelectuales eran tus padres –tu padre, normalmente–, y tanto menores cuanto más pobres y menos intelectuales eran. Y entre los trabajadores agrarios menos que entre otros tipos de trabajadores.

JR: Entiendo que esto funcionó por saturación progresiva de cada nivel educativo.

JC: Realmente no, nada llegó a saturarse entonces. Los profesionales tenían un amplio campo. Empezaron con un 30 o un 40% de hijos de profesionales cursando bachillerato; y luego, ya sí, acabaron en el 70 o el 80%.

¿Por qué son importantes en ese momento las desigualdades? Son importantes porque uno cree, y probablemente es así, que tienen mucho que ver con el nivel económico. Es decir, con la clase. Te dicen "los hijos de los pobres estudian menos" y tú lo aceptas como una simple traslación o transposición de "los hijos de las clases obreras estudian menos". Pero no es lo mismo, como hemos visto antes. Justo en esa época Bourdieu pone en circulación la cuestión de que no es

el dinero el factor clave, no se trata de pobres y ricos. Los ricos no estudian porque tengan dinero, mientras que los pobres no pueden estudiar porque no tienen dinero, sino que se trata también de elementos ligados a la cultura. En ese momento histórico se estaba empezando a ver que incluso con dinero mucha gente no estudiaba, pero que la mayor parte de la gente tenía ya el suficiente dinero o los suficientes ingresos como para poder estudiar si querían y se lo proponían. Es decir, durante los años 60 y 70, y en particular hasta la crisis del 75, la elevación del nivel de vida fue tan grande como para que los obreros medios de los 70 tuvieran más ingresos que los profesionales de los 60. Y eso es un punto clave porque, aunque entonces no se vio con esa claridad, sí que estaba claro que los medios económicos permitían estudiar a cada vez más

"Durante los años 60 y 70 la elevación del nivel de vida permitió estudiar a cada vez más gente. La cuestión pasó entonces de clases económicas a clases culturales"

gente. La cuestión pasó entonces de clases económicas a clases culturales.

Y en eso estamos todavía. Es decir, ahora mismo es difícil decir que hay quien no estudia bachillerato o quién no va a la universidad por problemas económicos. Uno puede preguntar a sus alumnos: "¿qué ocurrió con vuestros compañeros

que no llegaron a la universidad?" "No llegaron porque no estudiaron, porque no quisieron, porque no pusieron énfasis suficiente, porque no trabajaron como yo...". Y les preguntas además: "pero, ¿conoces o te acuerdas de alguno que dejara de estudiar porque se necesitara su trabajo en casa, o porque no tuviera dinero para la universidad?". Y no. Se quedan muy pasmados. No digo que no los haya: todavía quedan pequeñas minorías, gitanos, por ejemplo, o gente muy pobre. Pero son los menos. Es decir, que el problema de la desigualdad educativa ahora es fundamentalmente cultural. Y de ahí la dificultad de hacer políticas públicas al respecto. Cuando estaba claro que las diferencias en escolarización dependían de los ingresos de las familias, entonces la política pública adecuada era muy fácil: un sistema de becas con una difusión más o menos agresiva. Pero desde el instante en el cual la cuestión clave no es ya la economía, sino que son los hábitos culturales, las preferencias de los alumnos... la política pública se complica.

JR: Ligados a misteriosos procesos de socialización...

JC: Ligados a misteriosos procesos de socialización, cuya influencia se extiende hasta los 16, 17 o 18 años, que es en el momento en el que ahora se toman las decisiones, momento en el cual por tanto la influencia de los padres ya es casi seguro baja o nula. Entonces hacer una política pública que favorezca que los alumnos de 16 y 17 años que han repetido curso o que van retrasados sigan yendo a la universidad... pues es muy difícil. De hecho, a esa edad ya la escuela

y la enseñanza media obligatoria (la ESO aquí) ha hecho ver a cada uno cuáles son sus posibilidades de éxito, y los alumnos deciden continuar o no sus estudios en función principalmente –yo creo que casi puede que exclusivamente– de sus expectativas de éxito. Esa es la variable principal y sobre esa variable es muy difícil influir desde las políticas públicas.

Y además no sé si tiene sentido influir. Es decir, es muy dudoso a mi entender que, pese a la ideología inercialmente incorporada en los mecanismos de protección social, de igualación de oportunidades, de la ideología de la igualdad, etc., tenga que ser adecuado para alumnos que han repetido un curso o dos cursos en la ESO que alguien intente todavía estimularlos para que vayan a la universidad o para que continúen estudiando bachillerato o para que continúen estudiando formación profesional si ellos no quieren –porque normalmente no quieren, claro está–. Así que, probablemente, el viejo problema de la desigualdad de escolarización como problema de política pública ha perdido el 90% de su importancia. O dicho de otro modo, yo considero que estaríamos muy cerca de lo que se llama igualdad de oportunidades, definida como la selección de los estudiantes por su capacidad para estudiar. Estamos muy cerca de esa selección de los estudiantes por su capacidad, a lo que contribuye el sistema de becas, evidentemente, pero de un modo marginal. Lo principal es que la mayor parte de las familias pueden permitirse tener a su hijo sin trabajar hasta los 18, 19, 20 años, etc. Y si no pueden permitírselo de acuerdo con algunos estándares de consumo, se lo tienen que permitir forzosamente porque no encuentran trabajo. Al menos en tiempos de la crisis no han encontrado trabajo, así que se lo han tenido que permitir. Precisamente, durante la crisis ha aumentado el nivel de estudios, las tasas de escolarización, etc., lo cual revela que había gente que elegía entre trabajar y estudiar. Pero sigue existiendo un montón de gente que está parada y ni trabaja ni estudia: los famosos Ninis. La Unión Europea y la OCDE quieren situar a los Ninis como un problema de política pública. Bien, por el lado del trabajo sí porque ellos querrían quizás trabajar y si hubiera trabajo trabajarían. Pero, por el otro lado, lo que es seguro es que no quieren estudiar, porque si quisieran estudiar, estudiarían.

JR: La igualdad oportunidades era esto.

JC: En términos educativos, la igualdad de oportunidades es que uno estudia si quiere, efectivamente. Es decir, que no haya obstáculos externos a que tú estudies. Luego hay algún concepto más exigente de la igualdad de oportunidades, evidentemente, que exige a los poderes públicos motivar a los alumnos para que quieran estudiar. A mi entender esto es completamente excesivo por dos lados: es decir, excesivo en la medida en que violenta la libertad de los alumnos; y es excesivo en la medida en la que pide al Estado, a

los profesores y a los alumnos algo que ni pueden hacer ni van a poder hacer nunca.

JR: A pesar de eso, los últimos quince años ha habido una línea de trabajo de análisis del abandono escolar, en la cual se ha publicitado mucho la idea de que los estudiantes acaban abandonando a causa de la ausencia administrativa de una vía para los alumnos que van mal, en la cual hay un efecto muy fuerte del origen social.

JC: Sí, en España existe una línea de trabajo representada ilustremente por Fernández Enguita y sus colaboradores. Hay un punto de verdad en la idea de fracaso administrativo, que es de José Saturnino Martínez, y que surge comparando el fracaso con las notas y con las puntuaciones de PISA. Y que surge también viendo que la LOGSE, en concreto a través de la ESO, de hecho prohibía seguir estudiando a la gente que no obtenía el título de ESO. Bien, así que hay un punto de verdad, y es un punto importante. Hay mucha gente, quizá José Saturnino y yo fuimos pioneros, que vieron que había un grave problema en la LOGSE que se debía remediar a través de los programas de participación y que todo el mundo tenía derecho a que se le crearan vías adecuadas para continuar estudiando si querían. Pero lo cierto es que hay muchas vías para que un alumno de 16, de 17 o de 18 años, que ha repetido uno o dos cursos de la ESO, y que quiere seguir estudiando continúe haciéndolo. A esa hora ya se ha puesto en la vía de los adultos, y de hecho el abandono escolar es mucho menor que el más del 30% que cabría esperar del fracaso escolar. Si tienes un 30% de fracaso escolar puedes esperar que un 30% no siga estudiando, pero no es así. El abandono escolar es menor, porque se las arreglan para seguir estudiando luego por otras vías. De manera que eso es un obstáculo administrativo, pero no es la razón fundamental. La razón fundamental es que los alumnos se cansan de estudiar. No quieren estudiar, se desengañan. Naturalmente, si hay otras salidas y otras oportunidades, pues tanto mejor. Y si no las hay, estudiaremos porque no hay otra cosa que hacer. Pero hay algunos cuyo rechazo al estudio llega al punto de: "no trabajaré, pero tampoco estudio" "a mí usted no me hace estudiar", "yo me estoy aquí, finjo que me invento un curso de no sé cuántos", "digo que ahora no puedo pero el año que viene voy a hacer cultura general", "ahora aprendo un idioma", "digo que me preparo para piloto de...", "hago oposiciones"... lo que sea, pero no estudio.

Eso está ligado con la clase social, sobre todo con el nivel de estudios de los padres. Pero no es algo que las políticas públicas puedan remediar, sea cual sea la conexión. Es difícil que las políticas públicas puedan entrar en esas dinámicas familiares y en esas condiciones. Más de lo que ya están entrando, porque esos alumnos que abandonan, y esto es un punto importante, han estado sometidos durante varios años a una notabilísima y fortísima presión social en

prácticamente todos los ámbitos en los que se desenvuelven. En primer lugar, en la escuela, por supuesto, les han estado presionando todo el tiempo para que saquen buenas notas, es la presión continua de la escuela. En segundo lugar, también están muy probablemente presionados en su casa: hay pocos padres ahora que les digan a sus hijos "si no quieres estudiar no estudies, te vienes conmigo al tajo". Entre otras cosas, porque no hay tajo. Y en tercer lugar, por parte de los compañeros, porque a estas horas, si yo no me engaño, no estudiar conlleva, digamos, un cierto tipo de estigmatización. No estudiar es lo que técnicamente se considera conducta desviada en sociología. Es decir, la norma es estudiar, y quien no sigue esa norma de estudiar tiene que dar explicaciones. Se está desviando de la norma y tiene que dar buenas explicaciones acerca de por qué.

JR: Sí, uno de los aspectos que salía en las investigaciones sobre abandono escolar es la importancia del grupo de pares.

JC: Se hace en grupo, o te unes al grupo dentro del cual abandonar es normal porque necesitas un refuerzo de los iguales. Si no, eres la oveja negra de la pandilla. Tienes que hacer una pandilla en la que no estudiar esté normalizado.

JR: A mí me preocupa una cosa de todo esto. Estamos de acuerdo en que las desigualdades educativas son muy centrales ahora mismo, entre otras cosas por cómo funciona el mundo del trabajo, por el tipo de cosas que se valoran, y por el tipo de cosas que hacen productivo el trabajo. ¿Cómo explicarías la conexión entre esas desigualdades educativas y lo que llamamos de toda la vida desigualdades de clase? Porque en los planteamientos más clásicos ni siquiera estaba la educación como un componente. Entra a partir de los años 70 y 80, cuando ya es obvio, y hablando de sociedades en las cuales el proceso de expansión educativa había ocurrido ya, habiéndose situado la educación como un aspecto central del sistema de desigualdad.

JC: Esta es una de las cosas que hemos aprendido, y la hemos aprendido probablemente al mismo ritmo en que la sociedad cambiaba. Volvamos otra vez a los años 50, cuando todavía la distinción fundamental de clase era la propiedad. La mitad de la población era rural, y en el ámbito rural y agrario es obvio completamente que la desigualdad principal de clases es por la propiedad de la tierra o por la propiedad del ganado. El otro sector importante era el industrial, y en el ámbito industrial es menos claro, pero también muy aparente que la desigualdad principal se establece entre empresarios y obreros como bien decía la teoría marxista. Y quien habla de industria habla de comercio y de servicios. Lo que ocurrió al mismo tiempo que se desarrollaba la investigación empírica en sociología fue que la jerarquía de la estratificación se hizo cada vez más "dentro". En otras palabras, tomó cada vez más relieve la jerarquía de la

estratificación dentro de los empleados, dentro de los no empresarios. Esto estuvo ligado con la extensión de las grandes empresas. La primera gran empresa fue el Estado: dentro del Estado evidentemente había una jerarquía burocrática que se correspondía con los niveles de estudios. Pero era todavía algo marginal en el conjunto de la sociedad, donde lo importante eran las relaciones de propiedad. Pero eso se fue extendiendo a las grandes empresas burocratizadas, de manera que la estratificación social está cada vez más ligada a la jerarquía dentro de los empleos asalariados.

Esto se ve muy claro en la génesis de la clasificación de Goldthorpe, que empieza con *The affluent worker*, y que toma como base la clasificación por la propiedad, la clasificación marxista⁵. Lo que hacen es introducir gradaciones dentro de los empleados de acuerdo con el tipo de trabajo que hacen, distinguiendo la famosa clase de servicio. Pero todavía el esquema principal está determinado por la relación de salarización. Por una parte tenemos a los grandes propietarios, a los que asimilan a los profesionales, y por la otra a los obreros. Y entre medias hay una clase media donde están los pequeños propietarios con muchos más grupos. Con la evolución del esquema, imperceptiblemente en mi opinión, va perdiendo importancia la propiedad y los grandes empresarios se quedan como un añadido a la clase de profesionales, mientras los pequeños empresarios se quedan como la clase IV, con la que nadie sabe qué hacer, porque son una clase heterogénea, variada, etc., cuyos ingresos resultan inferiores a los de la mayor parte de los asalariados. Así vemos cómo tanto en la investigación empírica como en la evolución social se ha roto completamente el antiguo esquema. Vemos cómo la mayor parte de los empleados gana o ingresa más que los pequeños empresarios.

"Tanto en la investigación empírica como en la evolución social se ha roto completamente el antiguo esquema de estratificación social"

JR: A medida que se hacía abstracta la propiedad empresarial.

JC: Simplemente, dentro del trabajo asalariado la jerarquía del trabajo se hace cada vez más importante y dentro de las empresas la jerarquía entre manuales y no manuales también se va haciendo cada vez más importante. El porcentaje de población que trabaja como profesional es muy alto. El Estado se expande enormemente, donde están los que trabajan en sanidad y en enseñanza, que son las dos principales fuentes de trabajo profesional cualificado, se amplía enormemente, como consecuencia del aumento de la riqueza. Todo tipo de servicios, incluyendo la asistencia social, pero también servicios privados: abogados, ingenieros, arquitectos... se amplían también enormemente. Entonces

⁵ Goldthorpe, J.; D. Lockwood, F. Bechhofer y J. Platt. 1968. *The Affluent Worker: Industrial Attitudes and Behaviour*. Cambridge: Cambridge University Press.

hay una fracción de los antiguos empleados, los profesionales, que Wright insiste que también explota a los otros empleados en función de que eran expertos. Esta clase experta de Wright tiene cada vez más importancia.

Y volvemos sobre el capital. Ahora el capital está despersonalizado, efectivamente es abstracto como tú decías. La fuente de ingresos principal del 99% o 98% de la población es su trabajo. La distribución de los ingresos del capital es desigualitaria, ciertamente, en la población, pero no genera clases, porque está repartida igualitariamente entre ciertos grupos y clases. Entonces, al mismo tiempo que esta transformación de la estructura de ocupaciones, al mismo tiempo que las clases sociales se convertían en clases de expertos, básicamente clases definidas por la cualificación del trabajo, la educación, los estudios y la escuela pasan a ser la clave de la estratificación.

Sin embargo, todavía deberíamos distinguir, más intensamente de lo que lo hacemos, las dos fuentes distintas de estratificación. Por un lado, la estratificación por la empresa y por la iniciativa empresarial, la distinción entre empresario y asalariado; y por otro lado, la estratificación por nivel educativo. Esa distinción parece fácil de hacer pero no es brillante, porque el resultado es que mientras la estratificación por los estudios es muy clara, y la correspondencia entre estudios y prestigio ocupacional es alta, no hay ninguna variable que correlacione con el éxito empresarial. Ni siquiera la herencia empresarial, ni siquiera que tu padre fuera empresario. Hay una relación, pero es mucho menor la correlación en la transmisión intergeneracional de las empresas que la transmisión intergeneracional de los estudios y de la ocupación. No hay casi ninguna variable que prediga el éxito empresarial: primero que seas empresario un tiempo, que ya es un éxito, y segundo que seas un empresario de más o menos éxito. Esto se predice muy mal. Con lo cual la clase empresarial no sólo es que haya perdido importancia, es que además le damos menos importancia porque es muy difícil de estudiar. La predcimos muy mal y lo más que hacemos es detectar que hay un tercio de empresarios que son hijos de empresarios.

JR: Vamos a entrar en un territorio quizá más complicado. Yo no sé hasta qué punto, visto este escenario, tiene sentido seguir hablando de clases. Estamos examinando la desigualdad desde un punto de vista analítico en los últimos treinta años aproximadamente, y llegamos a desigualdades, o a componentes que están más o menos articulados entre sí, y que generan mayor o menor diversidad interna. Se podría resumir en la tríada ya clásica de ocupación, educación e ingresos, que probablemente tiene algún componente más, quizá la propiedad. Yo entiendo que el concepto de clase está muy bien establecido en el mundo político, especialmente en el ámbito anglosajón, pero no tanto

entre nosotros, y nada en absoluto en otros contextos distintos. ¿Hasta qué punto tiene sentido que sigamos hablando de clases sociales? Y no me refiero tanto a la carga de raigambre marxista, sino a su definición conceptual.

JC: Sí que lo tiene. Como tú acabas de decir, se pueden diferenciar el ámbito de la cultura –los estudios–, el ámbito de la actividad profesional –la ocupación–, y el ámbito de los ingresos –diferenciando, por tanto, los dos aspectos de la actividad laboral–. Y luego habría que añadir un ámbito más, tal vez el más importante, que es el nivel de vida o el estilo de vida. Aquí es donde la unidad de estratificación son las clases sociales propiamente dichas, en el sentido de que son las clases que funcionan en el resto de relaciones sociales y que Weber define como grupos de estatus. Las otras son, por un lado, clases culturales y académicas; y, por otro lado, clases ocupacionales y, si quieres, clases de ingresos o la combinación de ambas.

JR: Como Stände.

JC: Exactamente, como estamentos que derivan, cuando se hacen más líquidos y más fluidos en la sociedad industrial, a grupos de estatus. El estatus familiar, no los ingresos ni la ocupación ni los estudios de los padres, sino en general el estatus familiar es muy importante en el condicionamiento de la movilidad intergeneracional, de los estudios de la siguiente generación. Así que habría que añadir siempre la cuestión de estatus social o de las clases sociales. El problema con eso es que es mucho más difícil de medir, y que, por lo tanto, lo estudiamos siempre peor; nos remitimos a Veblen, a Bourdieu, dejamos que lo estudien los antropólogos, se estudia con sociología de tipo cualitativo, etc. Además, el estatus social no es fácil de enlazar con el nivel de estudios, ni con la ocupación, ni con los ingresos, ni con el consumo... que es la parte cuantificable del estilo de vida, aunque se refiera solo a nivel de vida. De algún modo, lo primero es economía, o sociología cuantitativa, digamos carente de imaginación sociológica, y lo segundo tiene imaginación, percepción y sensibilidad social, pero no se puede cuantificar. De hecho, en la formación de los sociólogos jóvenes y en sus publicaciones, uno echa de menos una comprensión de los conceptos básicos, porque hablan de clases y las cuantifican en sus artículos, pero uno de vez en cuando se da cuenta de que no han entendido lo que significa estatus social o lo que significan diferencias en los estilos de vida. Eso les pasa inadvertido porque no han mirado bien a la realidad. Suelen estar acostumbrados a mirar las tablas y los números y no saben realmente lo que significan las definiciones, en el sentido de entender el conjunto de comportamientos que están tras ellos.

¿A dónde vamos a parar con esto? Al tránsito de unas desigualdades a otras o a cómo las distintas desigualdades se relacionan. Eso está cuantitativamente muy bien establecido. En las sociedades actuales esas desigualdades se

relacionan mediante correlaciones o coeficientes de regresión, que son relativamente débiles. Y si es un coeficiente de regresión, bueno, todavía te guía. Pero, si se multiplican y son cuatro o cinco, como es el caso en la asociación de los estudios de los padres y los estudios de los hijos, pues entonces la relación queda vaga y relativamente confusa. O, mejor que este ejemplo, el nivel de estudios dentro de la misma generación, porque intervienen esas variables misteriosas –de las que tú hablabas– en la relación entre estudios y nivel de vida, en la que además entran los ingresos. Más aún porque el nivel de vida incluye el matrimonio, el número de los hijos... y el estilo de vida que quieras llevar (los hijos que tengas, fundamentalmente). Entonces la relación resulta muy vaga. Tú miras el nivel de estudios y lo relaciones con el consumo y la relación es realmente muy tenue. Sobre todo porque en los ingresos influye directamente el otro factor que estábamos mencionando y que desdeñamos habitualmente, que es el del empresariado. Son sólo el 10% de la población, son muy desiguales, pero también son importantes.

Así que yo creo que eso ahora forma un sistema de variables que los sociólogos han estudiado hasta la exasperación de los lectores y hasta la saciedad de los autores. Lo que se discute ahora son pequeñas variaciones, que resultan de muestras, que resultan quizás también a veces de países, y también a veces de periodos concretos, como ha pasado con la crisis recientemente. Claro que puede haber una ligera variación en algunos de los aspectos de la desigualdad, pero hay un notable esfuerzo por parte de muchos sociólogos por incrementar el determinismo, o por subrayar la parte determinista. Y hay que decir que, por lo que yo aprecio, esa ideologización es prácticamente toda de izquierdas. En otras palabras, objetivamente los datos son favorables a la derecha, y la ideologización viene sobre todo de las izquierdas, que buscan y exigen más determinismo.

Volviendo a tu pregunta, ¿qué sentido tiene hablar de clases sociales? Yo creo que tiene mucho sentido. Naturalmente, entendiendo las clases de acuerdo con los conocimientos empíricos que hemos adquirido, y que básicamente implican que hay que distinguir clases distintas en los distintos ámbitos mencionados: cultural –clases de estudios–, ocupacional –clases ocupacionales, que son las antiguas clases económicas, que decía Weber– y estilos de vida –clases de consumo y clases de grupos de estatus. La tarea consiste en relacionar esas clases. Además, hay otro ámbito, que se aleja de esto, que es el ámbito político, que solemos entender como comportamientos políticos pero que están en un campo semejante a los anteriores. El ámbito político es un campo en el que entras si quieres y que está mediado por la ideología. Un campo en el que en principio eres igual a cualquier otro para el ejercicio habitual de la acción política que es votar y discutir. La posición que adoptes puede depender de lo que tú creas que son tus intereses, pero en muchos aspectos la sociología política es un campo distinto.

JR: Te pregunto como si fuera un alumno de primero de cualquier grado en ciencias sociales: ¿tiene sentido entonces pensar en las clases sociales más como un concepto interpretativo que como un concepto analítico? Si te estoy entendiendo bien, tenemos un conjunto de variables asociadas, y llamamos a ese conjunto clase social.

JC: Bueno, los continuos (en los recursos) se polarizan, se agrupan, y a eso es a lo que se llama clases sociales. Por ejemplo, en los estudios se distinguen varios niveles educativos. Podrías hacerlo más fino, y distinguir otro tipo de clases culturales o relacionadas con la cultura. Pero como se polarizan en ciertos niveles de estudios, es la variable que se toma como clase. El extremo absurdo de la clase es coger una variable continua, por ejemplo, las competencias que mide PISA, y decir "voy a hacer clases sociales". Coges una variable continua y la partes en rebanadas. Está claro que eso es un ejercicio de simplificación que se hace sin ningún fundamento real. Cuando en lugar de esas clases tomas los niveles de estudios certificados por el sistema educativo, entonces tu elección sí que tiene un fundamento real. Hay gente que ha sido capaz de terminar la universidad y gente que no, hay gente que es doctora y gente que no, etc. Lo que tienes son *clusters*, agrupaciones que son interesantes. Pasas a la ocupación y te ocurre igual. Puedes esforzarte mucho y hacer un continuo de prestigio, y lo consigues. Desde Duncan, es una metodología bien establecida. Pero sabes que hay ciertos *clusters*, ciertos conglomerados que se diferencian por el tipo de ocupaciones: manuales y no manuales, más trabajosas y menos trabajosas, mayor o menor cualificación, etc. Llamas a eso clases ocupacionales con todo el derecho del mundo. No son cortes bien definidos, pero son agrupaciones que sí que existen también socialmente, porque esas clases conllevan un montón de comportamientos sociales similares. ¿Cuántas veces ves dentro de un entorno de trabajo hablando o discutiendo a individuos pertenecientes a las diversas jerarquías? Pues bastante menos que a los que pertenecen al mismo nivel jerárquico. Los auxiliares administrativos comen con los auxiliares administrativos, y los abogados o los ingenieros comen con los abogados o los ingenieros. En las cantinas de los servicios públicos y de las empresas las agrupaciones tienden a hacerse así. Y eso en agrupaciones que son visibles y en ámbitos en los que no hay ninguna discriminación. Mucho más a la hora de salir, juntarse, comentar, etc., las agrupaciones ocupacionales son reales y operativas. ¿De qué van a hablar el mecánico y el bailarín de ballet? Se juntan unos con unos y otros con otros. Este es un principio de socialización muy importante.

JR: Por propincuidad, simplemente. A veces es difícil recordar esto tan obvio.

JC: Así es. Seguramente no son clases sociales para sí, no toman conciencia política, pero son agrupaciones de una enorme trascendencia social cotidiana. Si

analizamos las pautas de consumo ahí es más obvio y flagrante todavía. Desde pequeños, por ejemplo, en la escuela se organiza una excursión y hay quienes se la pueden pagar y quienes no. ¿El consumo puede determinar clases del mismo modo? No, es más difícil. De ahí viene la dificultad de estudiar los grupos de estatus, porque, como empecé diciendo, se hacen, se rehacen y se regeneran continuamente. Recuerda cuando hablábamos de cómo la gente se sorprendió mucho de que las diferencias de vestimenta parecían haber desaparecido; pero luego vinieron los estudiosos y dijeron: ¡no!, no han desaparecido. Hay un continuo proceso de generación de distinciones. De manera que no son *clusters* bien establecidos a los que yo puedo poner una etiqueta: "ingenieros", "abogados", "profesionales cualificados"... Tendría que llamarlo "estilo de vida de la clase media" o "estilo de vida de la clase alta" o "estilo poligonero", etc. Ese es el campo de los sociólogos del consumo y de los comportamientos de estatus, donde las distinciones de clase, aunque sean unas clases muy poco sólidas y que se están generando continuamente, sigue siendo muy importantes. Así que las clases sociales sí que tienen mucho sentido, lo único es que no son clases que existan sempiternamente. Son clases no bien delimitadas y en el caso del consumo, en continua transformación, por un incesante proceso de distinción y formación.

JR: Se ha extendido la idea de que la crisis ha sido un golpe en términos de aumento de la desigualdad. Y tú nos has sorprendido –aunque algunos ya te habíamos escuchado los argumentos principales antes– defendiendo en tu libro *Ricos y pobres*⁶ –que, por cierto, aparece reseñado en este mismo monográfico de *Encrucijadas*–, que en realidad el efecto de la crisis en la desigualdad ha sido muy limitado.

JC: Observa que es la primera vez que hablamos de desigualdad. Hasta ahora hemos estado hablando de diferencias de clase. La cuestión ahora es: ¿cuán desiguales son esas diferencias? Respecto a la educación, como hemos hablado, se puede decir que el nivel aumenta y la desigualdad no sabemos bien si se mantiene o no, depende de qué parámetros y de qué medidas útiles. Por su parte, la desigualdad de ocupación es constante prácticamente. Varía de acuerdo con la estructura ocupacional y de acuerdo con las demandas del mercado de trabajo, pero en sí la desigualdad ocupacional es simplemente una desigualdad de tareas exigidas por la división técnica con un componente social del trabajo. O sea que no conlleva ningún grado de desigualdad mensurable. De hecho, al estudiar la desigualdad ocupacional medida por el prestigio ocupacional, resulta que el prestigio es una cosa que casi siempre tiene la misma distribución y la misma desigualdad. Así que las desigualdades fácilmente mensurables son las

⁶ Carabaña, J. 2016. *Ricos y Pobres. La desigualdad económica en España*. Madrid: Catarata.

económicas: los ingresos salariales individuales y los ingresos familiares. De eso se habla cuando se afirma que han aumentado las desigualdades. Y si han aumentado las desigualdades de ingresos y las desigualdades de renta disponible, entonces han aumentado las desigualdades de consumo.

Eso es lo que mide el índice de Gini y es imperceptible desde el punto de vista del observador cotidiano. Ni el más avezado sociólogo puede determinar a priori si las desigualdades aumentaron o disminuyeron. Me gusta poner el contrapunto de Grecia. Todo el mundo sabe, incluso sin haber estado en Grecia, que la caída del nivel de vida ha sido enorme... Ahora bien, las desigualdades económicas, de ingresos, ¿aumentaron o disminuyeron durante la crisis, en el país que más fuertemente la ha sufrido? Respuesta: se mantuvieron iguales, porque todo el mundo vio caer su nivel de vida.

¿Y qué ha pasado en España? Bueno, en España el resultado es aproximadamente un aumento de 2 puntos del índice de Gini. Expresado en porcentaje, del 32,4 en 2008 al 34,5 en 2016 según los datos del INE. ¿Eso es mucho o poco? Pues depende de con qué lo compares. Si lo comparas históricamente, hemos vuelto al nivel del año 1993 o 1994, al principio del ciclo económico. Yo pienso que hay que mirar la evolución en términos de ciclo económico. Por tanto, estamos igual que estábamos.

Si lo comparas con la evolución de otros países del entorno, el desarrollo en España no está tan mal. Mientras en otros países, durante los años 80 y 90, la desigualdad aumentó, aquí disminuyó, especialmente durante la década de los noventa se redujeron esos dos puntos que ahora ha aumentado. ¿Qué ha hecho la crisis con la desigualdad en otros países? En algunos aumentó y en otros disminuyó. Lo más sorprendente probablemente sea Grecia, donde no varió, como acabo de decir. Por ejemplo, en Inglaterra disminuyó la desigualdad, mientras en Estados Unidos aumentó. Pero el punto fundamental es que ese fenómeno es imperceptible. Cuando hablas con la gente te dicen: "no me lo creo, porque yo veo que las desigualdades aumentaron". A ver, ¿cómo lo ves?: "Yo veo que hay mucha gente que lo está pasando muy mal". ¿Lo ves? "He leído que hay muchos desahucios". Eso es otra cosa, no es desigualdad *per se*. "Veo muchos mendigos". Vale, pero ¿has reparado en que son inmigrantes? "Veo a gente recogiendo comida". Seguro que hay más gente pobre ahora, pero la desigualdad no significa simplemente que haya más pobres; implica también que, por lo menos, los ricos no se hayan empobrecido. Lo que ha ocurrido con la crisis en todas partes, y es el punto importante, y particularmente en Grecia, y también particularmente en España, es que ha disminuido la renta disponible de todo el mundo. Los ricos son muchos menos: hay mucha menos gente rica. Y los pobres son más. Hay mucha más gente pobre, si lo podemos decir así. Entonces, el problema no es la desigualdad. El problema principal es la pobreza.

JR: Tengo una observación metodológica a esto, y es que realmente los muy ricos, digamos el 1% o, incluso, el 0,5% de la parte superior de la distribución, no salen en los datos...

JC: Sí salen. La muestra es muy grande. En primer lugar, la muestra sobre la que se trabaja sobre desigualdad, como sabes, es la de la Encuesta de Condiciones de Vida del INE, y ahí salen algunos ricos. Suficientes como para detectar cuándo las cosas van bien en la economía y cuándo van mal. Fue notable el hallazgo de que entre 1993 y 1999, mediante la Encuesta de Condiciones de Vida, se observaba un aumento de la desigualdad en ingresos individuales debido fundamentalmente a que había en la muestra algunos más muy ricos. En suma, gente que declaraba ganar más de 20 millones de pesetas, salían 5 en 1992 y 15 en 1999. Eso era suficiente como para aumentar la desigualdad, si no se tenía en cuenta que se trataba de *outliers*. Pero también era suficiente para darse cuenta de que, efectivamente, es probable que los muy ricos no estén representados del mismo modo que los pobres en la encuesta. Pero están representados, sí que salen.

En segundo lugar, además de esta encuesta, hay muchas más fuentes de datos para saber si los muy ricos son más pobres con la crisis; o dicho de otro modo, si hay menos muy ricos. Es la que tú decías antes, las rentas financieras. ¿Qué ha ocurrido con las rentas del capital en la crisis? Pues que se han desplomado. Mira los índices de la bolsa, el valor de las acciones y dividendos o, sobre todo, los tipos de interés: se han desplomado todos ellos. O cuánto capital se necesita ahora para vivir de las rentas al 1% anual con suerte. Con mucha suerte, porque lo normal es que prestes el dinero al Estado a tipos de interés negativo.

JR: Yo tenía calculado que lo que se consideraba normal antes es que produjera un 4%. Ahora es muy raro conseguir un 4%, excepto en capital inmobiliario.

JC: Las rentas del capital se han desplomado completamente. Y el único sector que queda como prueba de que los muy ricos son más ricos, son los grandes ejecutivos de las empresas, o los *managers* y los directivos del Ibex 35 o de cualquier gran empresa, cuyos ingresos con la crisis, al menos de algunos de ellos, ciertamente aumentaron. Es un síntoma de la crisis. Son exactamente la pequeña porción de gente a la que los rentistas, es decir, los dueños del capital, les aumentan las remuneraciones con la esperanza de que los saquen a ellos, y no a otros, de la crisis. Y que saquen a flote a las empresas. Pero son cuatro especialistas, que no se pueden tomar como representativos de los muy ricos. En el uno por ciento de muy ricos está mucha gente que conocemos. Uno por mil es más difícil, pero 1% significa que en un lugar de 1000 habitantes hay diez. No es una cosa tan rara: yo diría que cualquier pareja de catedráticos de universidad entra dentro de esta categoría de los "muy ricos". Y ahí viene uno de los factores

más importantes que han favorecido la difusión de la ideología de que hay grandes aumentos de desigualdades.

Los cambios en la desigualdad no se advierten a simple vista. Entonces lo que se advierte cuando llega la crisis es que hay gente que se está quedando en paro y que tiene dificultades para salir adelante, sobre todo si se han metido en hipotecas en el peor momento, en el último momento del ciclo de expansión. En particular, además, si se dedican al sector de la construcción, que son los primeros que salen al desempleo, etc. Pero no se habla de desigualdad. Cuando se habla de desigualdad sobre todo, y además se extiende como un incendio, es cuando la OCDE publica en 2013-2014 las primeras estimaciones sobre el

"La ideología del gran aumento de la desigualdad es un fenómeno de clase económica o de ingresos. Se trata de una reacción de las clases medias ante las reclamaciones de los pobres"

impacto de la crisis y dice que en España el aumento ha sido muy fuerte. Fue en parte un error de cálculo, pero también es cierto que en España ha habido un aumento de la desigualdad. Esa idea se extiende muy rápidamente por todas partes. Ya en el movimiento 15M había un elemento de esto, pero la desigualdad no formaba parte de su ideología inicial.

Comenzaron en el 2012 alguna manifestación contra los bancos, por aquello de las hipotecas y de los desahucios, pero no era la desigualdad un elemento fundamental, digamos, de su discurso ideológico. Eso no comienza a ocurrir hasta el 2014 y 2015, cuando ese discurso se extiende como la pólvora.

¿Y por qué se extiende tan fácilmente? Pues mi hipótesis es que es un fenómeno de clase. Pero de clase económica, de clase de ingresos. Se trata de una reacción de las clases medias ante las reclamaciones de los pobres. De los que se han quedado sin trabajo... Estos dicen: "¡distribuyamos!". Y las clases medias dicen: "somos los primeros que estamos dispuestos a distribuir". ¿Qué entiendo aquí por clases medias? Básicamente los profesionales, los que están en el 20% más alto de ingresos, o en el 10% más alto, que son la Marea Verde, la Marea Blanca y todos los profesionales. Y entonces dicen: muy bien, distribuyamos, pero no pretenderás que te de dinero yo que me han congelado el sueldo y tengo bastantes dificultades para mantenerme. Que te lo den los ricos, que te lo den los bancos. Entonces, el énfasis actual en la desigualdad es, creo yo, derivado de la difusión de la ideología, basado simplemente en un desplazamiento, en buscar un chivo expiatorio. Muy bien, hay que hacer justicia social, pero que paguen los verdaderamente ricos, que siempre son los que tienen más que yo. Lo cual es absurdo, porque lleva a una alianza imposible entre el 99% o 99,5% de la población, contra el 1% o 0,5% de la población, al que no se le pueden cargar todos los impuestos necesarios para remediar la situación.

Una prueba de eso es que la renta que se necesita para disminuir el aumento de la pobreza que ha habido con la crisis es aproximadamente el 1% de la renta disponible. El 10% más rico se hace con el 25% de la renta. El 10% más pobre con el 2% de la renta. Antes de la crisis con el 3%. Así que si al que tiene 25% le quitas un punto porcentual y se lo das al que tiene 2%, ya tiene 3% y estamos como antes de la crisis. Pero ¿el del 25% nota mucho si le quitan un punto? Hombre, lo nota, pero es un 4% de su renta total. En cambio, el que accede al 2% de la renta sí que nota mucho que le den un punto más. Sus ingresos aumentan un 50%. En principio parece muy fácil, pero el 10% superior se resiste como gato panza arriba. Incluso si no se resistiera habría un problema: a quién se lo doy. Esto lo soluciona en principio la renta básica de un modo que, en principio, es técnicamente factible. Es decir, dando a todo el mundo por igual. A lo mejor entonces, mediante el procedimiento de que sea universal, efectivamente a la gran cantidad de profesionales que hay en la decila más alta de renta no nos parece mal la redistribución. Pero por ahora hay una fuerte ideología que dice: no, no, no, que paguen los muy ricos.

JR: Muchas gracias, Julio.